

Educadoras de calle en Altza

■ El programa de prevención dirigido a jóvenes en riesgo cumple seis años. ■ También atienden a chavales de barrios como Herrera y Larratxo. ■ «Es una experiencia positiva», aseguran las educadoras.

Mariaje Elzo y Maribel Aranjuelo llevan seis años trabajando como educadoras de calle en la zona de Altza, Larratxo y Herrera. Si los primeros años fueron duros, ahora no dudan en calificar la experiencia de «positiva» y son conscientes de que los chavales necesitan un programa de estas características. Resumen su labor señalando que hacen de puente entre los recursos municipales y los jóvenes.

X. ARAMENDI

El servicio depende del departamento de Juventud del Ayuntamiento, que ha contratado a la empresa Karrika, creada por estas educadoras. Cuentan con una oficina en la propia Tenencia de Alcaldía de Altza y es ahí a donde acuden los jóvenes que necesitan ayuda.

Las dos tienen claro que su labor es oficial y tratan de mantener una cierta distancia con los jóvenes, aunque recalcan que ellas están a su disposición. «Nuestra función es mantener una relación educativa con los chavales y hacer de puente entre los recursos municipales y el joven», explican.

Mariaje y Maribel trabajan con chavales que tienen dificultades para acceder a los recursos de ocio y tiempo libre. A eso se une una falta de motivación para estudiar. «A los 15 años deciden que no quieren ir a la escuela y nosotras intentamos dirigirles hacia talleres ocupacionales o centros de iniciación profesional —dicen—. Junto a esto, intentamos que utilicen de una manera adecuada el tiempo libre. Por medio de una discriminación positiva, facilitamos el acceso a los diversos recursos a través de acuerdos económicos».

Esta labor obliga a realizar una coordinación con las asistencias sociales, los centros escolares, centro de salud mental, ambulatorios y Tribunal de Menores. En este punto, aclaran que no mantienen una relación directa con las familias: «La intervención familiar se deja en manos de la asistente social, a no ser que nos lo pida el propio chaval. El único contacto que tenemos con la familia es para informarles sobre los centros escolares», puntualizan.

La experiencia les ha hecho optar por utilizar la calle como un medio para tomar contacto con los jóvenes, sin ser el espacio en el que trabajan. «Nosotras estamos en una oficina, no en la calle. Hubo una época en la que intentamos desarrollar esa vía, pero no funcionó. No somos sus colegas y es difícil establecer una relación que dé frutos. Además, de alguna manera,

sientes que invades su intimidad», explican.

Consideran más importante que los chavales sepan dónde están. «Que nos vean como algo cercano, pero representantes de una institución formal —agregan—. No somos cómplices de sus hazañas. Intentamos ser discretas, no hurgar demasiado. A veces crees que has perdido la pista a alguien pero al cabo de un tiempo, cuando tienen un problema, vienen aquí».

«Ya han superado los primeros recelos de los vecinos que les preguntaban cuánto tiempo iban a quedarse, temerosos de que fuese un «experimento» más de las instituciones, lo que, a menudo, les hace sentirse como «coballas de laboratorio».

Agradecimiento

No dudan en calificar de «positiva» la experiencia e inciden en la importancia de haber sido dos. «De haber estado solas, cualquiera lo hubiese dejado el primer año», dice claramente Aranjuelo. Las dos consideran imprescindible contar con infraestructuras educativas, deportivas y sociales. «Teníamos claro que no queríamos abrir un local nuevo, sino utilizar los que ya existían», indica Elzo. Por ello, les facilitan el acceso al polideportivo, el Gazteleku o los talleres.

Por lo que respecta a la valoración del programa por parte de los propios jóvenes, señalan que «se nota su agradecimiento».